

HOJAS DE LA CORONA FUNEBRE

DESPEDIDA A LOS RESTOS MORTALES DE DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORAN

No vengo a evocar en este sitio la doliente figura del maestro a quien todos vimos cruzar con el cuerpo encorvado bajo el peso de su carga de dolores.

Vengo más bien a recordaros la figura juvenil y entusiasta del primer luchador en esta tierra por la unión de chilenos y españoles, del maestro erudito enamorado de las clásicas letras castellanas, del insigne gramático mantenedor de las doctrinas del gran venezolano.

Eran los tiempos del último tercio del siglo XIX, en que todavía estaban vivos los resentimientos entre Chile y España, cuando este apóstol del ibero-americanismo empezó la cruzada de acercamiento de nuestros pueblos, demostrando que los vínculos sagrados que nos unían eran tan firmes que, a pesar de las diferencias accidentales de la política internacional, los pueblos de Hispanoamérica estaban destinados a formar una sola y gran nación bajo la mirada cariñosa de la madre heroica que les había dado la savia de su sangre para hacerlos valientes, hidalgos y vigorosos y el idioma más noble y armonioso de la tierra para la expresión de los altos ideales de la raza.

Y a pesar de la indiferencia de unos y de la hostilidad de otros, este ardiente hispanófilo continuó en su nobilísima tarea en la cátedra, en el libro y en la tribuna del Ateneo sin desmayar un solo instante, aun cuando vió que muchas veces lo dejaban al margen de la senda por donde caminaban triunfadores los rebaños de hombres prácticos.

Cuando estaba en la plenitud de su vigor, nadie como él hacía resonar en su cátedra, con su palabra convincente y expresiva y su lenguaje netamente castellano, los nombres más gloriosos de la literatura española.

Al golpe evocador de su dicción, pasaban, como personas vivas, por las aulas Bernardo del Carpio y Rodrigo de Vivar, el Arcipreste, marrullero y burlón, la astuta Celestina, mediadora interesada de galanes y de damas, el dormido Segismundo, la desdeñosa Diana, Lázaro y su ciego, el cínico Buscón y por encima de todos el perfil inconfundible del Quijote inmortal, símbolo de España y de la raza.

Sin importarle el provecho personal, olvidado de los honores y de las distinciones en el ocaso de la vida, el señor Nercasseau tuvo sin embargo la rara satisfacción que a muy pocos luchadores les es dado alcanzar de ver realizados gran parte de los íntimos anhelos, por los que tanto trabajara.

Durante su presidencia en la Unión Iberoamericana, vió desaparecer los últimos prejuicios coloniales barridos por los vientos de verdad y de justicia que hoy soplan sobre los viejos campos de discordia y dejan desta-

carse nítidas, bajo los soles de la América, las épicas siluetas de los conquistadores. Y en su presidencia honoraria, vió la consagración oficial del día de la raza ibera, cuyo reconocimiento con tanto afán persiguiera y que ha venido a cerrar el último eslabón de la cadena de amor que hoy nos une y que nos permite, en esta ocasión solemne, a chilenos y a españoles, rodear con nuestro afecto fraternal la urna que guarda el corazón hispanófilo más sincero que haya latido al pie de estas montañas.

Cumplida su tarea de erudito, hispanófilo y maestro, el viejo luchador ha inclinado la cabeza fatigada y se ha dormido dulcemente, escuchando las canciones y las risas de aquella juventud que él amara y dirigiera y que, con sus notas plenas de vida y entusiasmo, entonó sin saberlo el último canto que alegrara la postrera jornada del maestro. *

SAMUEL A. LILLO

Presidente de la Unión Ibero-americana

EN LOS FUNERALES DE DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORAN

(*He Dicho*, discursos. Nascimento, Santiago, 1926).

Señores, la Facultad de Humanidades, de la que el extinto fué por muchos años miembro docente, y el Instituto Pedagógico, en el que inauguró y sirvió durante más de seis lustros la cátedra de literatura castellana, han querido que los represente en esta triste ocasión. Si no hubiera recibido este honroso encargo, siempre habría asociado mi voz a la de los que hoy dan la postrera despedida a don Enrique Nercasseau y Morán, a quien me unieron lazos de buena y antigua amistad.

Conocí al señor Nercasseau y Morán cuando desde la cátedra particular y desde la más amplia del periodismo, luchaba con tenacidad no igualada entre nosotros, por el triunfo de aquellos ideales suyos que duraron tanto como su vida. Antes o al mismo tiempo que él, muchos compartieron esos entusiasmos en pro de la lengua y literatura de nuestra raza; ninguno, sino él, hizo un apostolado de lo que hoy, frente al cosmopolitismo moderno, apenas se concibe que pueda distraer los ocios de un hombre culto que no quiera sentar plaza de rezagado. Invulnerable ante las ironías chanceras, despreocupado de la superficialidad ambiente, que no quiere oír por no correr el riesgo de tener que pensar, el señor Nercasseau alzaba su tribuna de apóstol lo mismo en la cátedra que en el periódico, en la junta académica que en la reunión familiar, y se retiraba tranquilo y sonriente, sin hacer el balance de los frutos recogidos, porque sabía que

* Se refiere a la Fiesta de los Estudiantes celebrada en aquellos mismos días de octubre de 1925, en que declinaba la vida del maestro Nercasseau (Nota del compilador).

la labor del apóstol es la del sembrador, de resultados no inmediatos y hasta tardíos, pero no por eso menos ciertos y opimos.

El señor Nercasseau no salió de Chile. No conoció, por consiguiente, los archivos donde se guardan las noticias y documentos que han permitido a los eruditos ir rehaciendo la historia de la literatura española. Esto le impidió hacer obra de primera mano, que otros —algunos con menos dotes y entusiasmo que él— han logrado realizar fácilmente, guiados muchas veces por la mano de la casualidad. Nuestro compañero no tuvo esa fortuna y su nombre no figurará al lado de los de esos investigadores; pero estoy cierto de que nadie le aventaja en lo que pudo alcanzar con los medios que poseía: en la asimilación del espíritu de la lengua y literatura castellanas, y en especial de la lengua y el espíritu de Cervantes, autor con el que llegó a identificarse. El medio en que vivió, en que vivimos todos, no le estimuló a publicar los resultados de sus estudios y meditaciones, pero él los difundió oralmente entre sus discípulos, a quienes amó y de quienes fué también amado; lo que asegura la supervivencia de sus lecciones, porque no basta a perpetuar las enseñanzas de un maestro el interés que despiertan sus doctrinas, si no sabe grabarlas, a la par que en la inteligencia, en el corazón de sus discípulos. Y don Enrique Nercasseau y Morán conocía bien estos dos caminos, porque era sabio y porque era bueno.

JULIO VICUÑA CIFUENTES

ELOGIO DE DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORAN

(Del discurso de ingreso a la Academia Chilena de la Lengua, pronunciado el 30 de septiembre de 1929 en el Aula Magna de la Universidad de Chile).

... No es el menor motivo de mi gratitud el que me haya correspondido suceder a un cultor ilustre del habla española en nuestra tierra, como lo fuera don Enrique Nercasseau y Morán, cuyo recuerdo ha de ir siendo mejor apreciado a medida que el tiempo vaya dando a cada uno lo suyo, en el campo de nuestra historia literaria, donde alterna dignamente con la figura de don Zorobabel Rodríguez, que le antecedió en el mismo sitio, desde el día memorable en que por primera vez se congregaron los fundadores de la Academia Chilena al maternal reclamo que la Real de Madrid formulaba en nombre de los vínculos seculares de la lengua y de la raza.

En verdad que pocos, quizás ninguno, más capacitados que don Enrique Nercasseau para continuar en Chile esa noble tradición tan bien servida por el autor del *Diccionario de Chilenismos*, y que el genio vidente

de don Andrés Bello, inspirado en designios históricos y trascendentales y con influencia decisiva ante todas las naciones de Hispanoamérica, inició en los estudios de nuestra lengua, en dirección constante siempre, aún a pesar de discordancias doctrinales sobre materias secundarias, al grande, al fecundo, al amable ideal de la unidad lingüística de la raza toda, unidad amplia como sus dominios y viviente como las generaciones con que va poblando gran parte del planeta.

Sin quitar nada al elogio que merece su obra escrita, se puede afirmar, que él era, sin hipérbole, todo un gran profesor, munido en armoniosa reunión, de las cualidades necesarias para enseñar deleitando. Cabal sabiduría, que no sólo dominaba el conjunto de los preceptos gramaticales, que no sólo penetraba en todos sus problemas, siempre elementales de la prosodia y la analogía, como los del convencionalismo tradicional de la ortografía, sino, lo que acusa una superior condición de criterio filosófico, que había de llegar a sorprender la índole del idioma vivo en los movimientos de su más íntima fisiología, para alcanzar, siguiendo a Bello, a ver con claridad el alma de la construcción castellana, en cuyos más curiosos casos se movía el espíritu del profesor, descubriendo y justificando ante la lógica los varios y siempre claros modos del decir castellano. Y sus discursos, proferidos en forma tan sencilla como elegante, se vestían de cierto énfasis natural, hijo genuino de las claras convicciones y del intenso goce que para él importaba dictar al pizarrón negro un rotundo período o una bien cortada estrofa del siglo de oro, y en seguida ir revelando cómo las distintas partes se habían concertado entre sí para dar un consuno de belleza en luz de ideas y en gracia de forma.

En el gran movimiento iniciado por Bello coopera toda una constelación de gramáticos y filólogos de todo el continente, irradiando en la segunda mitad del pasado siglo y en lo que va del presente, y se señalan en primer término colombianos y chilenos. En este cuadro de tan grandes proporciones es donde se implanta la obra gramatical de don Enrique Nercasseau, y de él pueden afirmarse desde luego dos hechos característicos: el primero es que dedicó toda su vida a la conservación, a la unidad de nuestro idioma, especializándose más que ningún otro de los continuadores de Bello en la enseñanza de la gramática y literatura castellanas, y el segundo, que nadie puede competir con él en el entusiasta afán por la pureza de nuestro idioma, que fué para él no sólo objeto de su inteligencia sino que, embargando todos los entusiasmos de su alma, llegó a formar en lo más hondo de ella como un culto de predilección, en términos tales que mereció ser calificado como el más español de los chilenos, y yo agregaría que de los más genuinos en la patria de Cervantes.

Entre el preceptista doctrinario y el escritor, no cabe duda de que el primero, por culpa de algún excesivo rigor de purismo, a que llega a veces,

debe ceder la palma al segundo, que, por su lenguaje propio, correcto y armonioso, y su estilo pleno de luz, elegante, sin perjuicio de la sencillez del orden, y vigoroso siempre en el latido del pensar claro y del hondo sentir, ha de figurar entre los mejores que de nuestra literatura elegirá algún exigente crítico para una antología contemporánea española y americana.

ROBERTO PERAGALLO S.

EL ANTIGUO ATENEO

(Fragmentos de *Espejo del Pasado*, Memorias Literarias. Nascimento, Santiago, 1947).

Cuando llegué a la capital, como tantos otros provincianos, en busca del codiciado título de Bachiller en Humanidades, me preocupaba tal vez más que el problema de una carrera universitaria, mi entrada al Ateneo de Santiago.

Ansiaba conocer de cerca esta institución que allá en el rincón de mi provincia austral, se me figuraba un altísimo cenáculo donde sólo podían officiar los pontífices del arte.

No menciono aquí los pasos que tuve que dar para conseguir mi nombramiento de socio, solamente recordaré con agradecimiento a un estudiante chillanense que me dió una tarjeta de presentación para el director don Elías de la Cruz, que me recibió amablemente y autorizó mi incorporación.

El Ateneo funcionaba entonces en el edificio de la Bolsa Comercial en la calle de Huérfanos, como una sección del Club del Progreso que tenía su sede en dicho local.

El salón que estaba en el segundo piso era de difícil acceso, de regulares dimensiones y amoblado modestamente.

Las sesiones se verificaban una vez por semana, generalmente los lunes, de 9 a 10 de la noche.

Desde temprano, empezaban a llegar los estudiantes que formaban la mayoría del público, que nunca fué numeroso.

Luego entraban los directores y, entre ellos y los socios más conocidos, se formaban los corrillos en los cuales se charlaba alegremente sin estiramiento ni ceremonias hasta que llegaba la hora de abrir la sesión.

Acompañaban de ordinario al director de turno, que presidía, el secretario general don Enrique Nercasseau y Morán y el prosecretario don Ricardo Montaner Bello que después fué reemplazado por don Arturo Alessandri Palma.

Aún recuerdo la sorpresa que experimenté cuando me presentaron a don Enrique Nercasseau y Morán.

A juzgar por sus dos apellidos que, ligados a la usanza española, formaban el marco sonoro de su nombre, y por la fama de erudito, gramático y escritor de cepa cervantina, creí encontrarme con una grave silueta de sabio de pasos medidos y de escasa palabra.

Lejos de eso, el señor Nercasseau era entonces joven, nervioso y alegre, su palabra insinuante y convencedora, con una notable acentuación española, derrochaba en torno nuestro las notas de su saber y de su amabilidad.

No hemos conocido ni conocemos tampoco, después de la de don Diego Barros Arana, memoria más estupenda que la de don Enrique Nercasseau. Llamaba hasta hace poco la atención de sus discípulos, quienes tenían en él la misma confianza que en el diccionario, del cual ha sido uno de los más valiosos colaboradores como miembro correspondiente de la Real Academia de la Lengua.

Pero la cualidad distintiva del sabio maestro era entonces su profundo amor por España, por su idioma y sus escritores clásicos, especialmente por Cervantes y su Quijote. El señor Nercasseau hizo de esta obra su caballo de batalla. Nadie entre nosotros la ha conocido más que él; y pocos, como él, han penetrado tan profundamente en el alma del ilustre manchego.

Era natural que así fuera, porque él mismo fué el primer Quijote que, no obstante los disgustos y dificultades que a su paso le salían, empezó en nuestra tierra la obra de aproximación hacia la madre patria, logrando que se apagarán los resquemores latentes todavía de la fatal jornada del año 66, abriéndonos así el camino a todos los que después hemos trabajado por el acercamiento, hoy felizmente realizado, de chilenos y españoles en el regazo de una misma madre que, después de habernos dado la savia generosa de su sangre, nos cobija bajo el manto de su idioma y de sus glorias.

SAMUEL A. LILLO

(Premio Nacional de Literatura, 1947).

D O N E N R I Q U E

(Semblanza publicada en *Sucesos* por su discípulo M. Latorre, novelista laureado con el Premio Nacional de Literatura, 1944).

Sobre un cuerpecillo enteco, misérrimo, se asienta sólidamente una bella cabeza, de frente lisa y desembarazada como la del ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes.

Los ojos pequeñines, risueños, sensuales, suelen a veces disminuir su fulgor bajo unos lentes guarnecidos de negro carey; y entonces la cabeza del erudito hispanófilo señor Nercasseau y Morán parece la de un sabihondo exégeta del siglo de oro: hay en su fisonomía entrecana la respetable apacibilidad de un grabado en madera. ¡Hasta parece anacrónico el cuello moderno, sencillo y geométrico bajo la barba severa: esa grave cabeza pide a gritos una golilla encarrujada y sobre el jubón de terciopelo, junto a las agujetas de áureos herretes, la Cruz de Santiago.

Vulgarmente, don Enrique tiene una fama valbuenésca. Imagínanselo en la mayoría de los casos, como un gramático intransigente que no perdona lunar en el lenguaje y cuán lejos de la verdad están los que así piensan, los que no han llegado hasta el alma bondadosa, risueña, enamorada de lo bello de este castizo español americano que dice como Cervantes y piensa como Menéndez Pelayo. Porque don Enrique es un poeta, un hablista exquisito en cuya prosa, espejo de puras aguas, se mira risueña la testa hebraica del divino Fray Luis.

Poeta, vuelvo a repetirlo, poeta refinado de lo antiguo, de lo arcaico, de la serenidad del arte clásico donde se refleja, como un pristino sedimento, el blancor de luna del alma griega, poeta enamorado del áureo siglo, enorme floración de una raza y de una edad y al cual va a bañarse su espíritu sereno y pensativo como en sempiterno manantial de belleza.

Sobre un cuerpecillo enteco, misérrimo, sueña empecinadamente el alma noble, abierta de don Enrique Nercasseau y Morán en la España del siglo de oro, la España portentosa del Quijote y de la conquista de América.

MARIANO LATORRE